

MAX WEBER, CRITICO POLITICO

No significa una transgresión de los preceptos que nos obligan a respetar a nuestros mayores el hecho de que —con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento de Max Weber (1)— exponamos aquí algunas cuestiones referentes a su aparición histórica, al estudio de sus múltiples trabajos, opiniones y observaciones científicas y políticas, objeto de tan repetidos ataques (2). En resumen, nos referiremos a todo cuanto, en la época en que vivimos, pueda tener una amplia, y tal vez general, trascendencia, así como el mérito que a él le corresponde. No hay duda de que esta problemática cuestión, de bases tan complejas, no se puede exponer en tan limitado espacio, por lo que, en aras de la brevedad y como examen de unos resultados, sólo podrá ser formulada a manera de tesis. Sin embargo, el examen de la cuestión propuesta resulta hoy necesario y urgente. Max Weber llevó en alguna de sus épocas una existencia sombría, pero siempre fecunda en el terreno de la discusión y el conocimiento. Ha llegado el momento de airearla a la luz de una conciencia límpida, para que nos sirva de orientación en el momento de decidir.

Nuestras observaciones están constreñidas dentro de ciertos límites. Con-

(1) Este trabajo está basado en un discurso pronunciado con ocasión de la conmemoración del centésimo aniversario de MAX WEBER, durante la conmemoración iniciada por el ex Presidente federal, ya fallecido, THEODOR HEUSS, y bajo los auspicios de la Institución Friedrich Naumann, de la ciudad de Heidelberg, en una de las aulas de la vieja Universidad. MAX WEBER nació en 1864, en Erfurt, y murió en 1920, en la ciudad de Munich; desde 1897 hasta 1919 vivió principalmente en Heidelberg. Fue llamado como sustituto de KARL KNIES en 1897, que debe ser mencionado con ROSCHER como fundador de la vieja escuela histórica de Economía Nacional, pasando de Friburgo a la Universidad de Heidelberg, en la que desempeñó el cargo de profesor de número hasta 1903, y el de profesor honorario hasta 1919.

(2) Aquí sólo se da una breve indicación sobre el ataque directo que hizo el filósofo marxista húngaro GEORG LUKACS contra WEBER, en *Die deutsche Soziologie vor dem ersten Weltkrieg*, Kulturpolitische Monatschrift, año 1946, en especial páginas 484 y siguientes. La tesis vertida contiene el principal núcleo argumental de la crítica «izquierdista» contra WEBER. La crítica de «derechas» es más difícil de resumir, y requiere una gran atención, pues trata de darse a conocer más en forma silenciosa que mediante argumentos y tesis (Cfr. y ahora GEORG LUKAC: *Die Zerstörung der Vernunft*, tomo IX, Neuwied, 1962, pág. 521 a 536).

viene, además, aclarar que queda lejos de nuestra intención pretender informar exhaustiva y exactamente sobre su obra total y su trascendencia; tampoco pretendemos que este trabajo tenga una forma válida y de carácter general en el futuro. Es más bien fruto de una opinión surgida a la vista de las necesidades actuales, y sólo así deberá ser entendido. Quisiera exponer aquí el problema del significado e interpretación de su obra y su personalidad actual, es decir, el fenómeno histórico de Max Weber, cuyo sentido y valor de actualidad ofrecen interés para nosotros. Nuestras consideraciones intentan señalar la directriz en que ha de cristalizar un juicio determinado.

Surgen de inmediato otras cuestiones: ¿Qué significación tiene hablar de Max Weber y de su obra? ¿Es, para nosotros, uno de los adelantados de la sociología en la Universidad alemana, y, tal vez, el pionero de una nueva disciplina? ¿Es un analista sagaz, de primera línea, del moderno régimen de partidos y del sistema parlamentario de principios de siglo, que impuso conceptos y formuló dictámenes que perduraron y aún persisten, o es, en todo caso, un renovador metodológico en el amplio campo de la política, la religión y la economía? ¿Es, quizás, un explorador de vanguardia en la crítica de todas las eras históricas, o, tal vez, algo más que esto: un historiador o, mejor, un crítico analista del moderno capitalismo, de enorme trascendencia aún en nuestro tiempo? ¿Puede ser considerado como un publicista político, o habremos, finalmente, de estimarle como el reformador de la Constitución alemana, en su primera fase de transformación en el curso del siglo XX, que iba a alcanzar posterior desarrollo durante la primera guerra mundial? Todas estas interrogantes podrán relegarse desde un punto de vista sustancial, pero implican, quiérase o no, el reconocimiento de unos valores de más o menos acusado carácter histórico. Pese a ello, ninguna lleva a una aclaración completa de la verdadera y real importancia de Max Weber.

Quizás lo más sorprendente de las obras legadas por este gran hombre, escritas con pluma brillante a la par que enérgica, sea su destacada personalidad en el medio universitario del pasado siglo, tan pródigo en caracteres; de otra parte, y como reconocen muchos de sus coetáneos, siempre se encuentra algo nuevo en su gigantesca labor (3). Aun los que creen estar añ

(3) Aquí se citan las ediciones más importantes publicadas: *Zur Religionssoziologie*, tres tomos, 1.^a edic., Tubinga, 1920-21; *Gesammelte Aufsätze*, 5.^a edic., Tubinga, 1963; *Gesammelte politische Schriften*, 1.^a edic., Munich, 1921; 2.^a edic., publicados nuevamente por JOHANNES WINCKELMANN con prólogo de THEODOR HEUSS, Tubinga, 1958; *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, 1922, 2.^a edic., Tubinga, 1951; *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, Tubinga, 1924; *Wirt-*

día hallan con frecuencia nuevos conceptos, totalmente desconocidos en relación con los acaecimientos de su tiempo, y que pueden utilizarse en el esclarecimiento de problemas que alcanzarían más tarde su madurez. Análogamente, ha de observarse que parte de su obra, y aun de su personalidad, permanecen en la oscuridad, no obstante su carácter decisivo. Algunos violentos pasajes del genial *Fragmentarium*, de Max Weber (4), parecen contener principios incommovibles, aún en la viva realidad de hoy, que ofrecen explicaciones de un gran valor didáctico.

Deben destacarse, en primer término, la vehemencia y el temperamento de Weber, así como el sorprendente rigorismo de sus afirmaciones, que expresó radical y drásticamente: sus opiniones se refuerzan con efectos casi dramáticos, que conmocionan al público lector. A sus contemporáneos, sobre todo a colegas más prudentes e incluso a sus amistades, debieron dejarles con el ánimo en suspenso sus afirmaciones, críticas y ataques, que formulaba sin consideración alguna. Mas la simplicidad de sus palabras, su tónica dominante, todavía hoy ejercer su influencia. A muchos alemanes les conmovió, y aún les afecta, aquella observación de que «La unidad de Alemania fué una chiquillada que emprendió la Nación en épocas pasadas y a cuyas consecuencias habría sido mejor renunciar al convertirse en meta y no en punto de partida de una política de poderío mundial» (5). Estos términos encierran una amarga delación del conservadurismo en la orientación dimanante de las medidas políticas alemanas de repercusión mundial, así como un ataque a la existencia de pequeños Estados y al fragmentarismo, reflejados en actitudes políticas y estados de opinión. Palpitaban estas palabras después de la primera guerra mundial, al igual que a principios de siglo, y no estaban de menos actualidad tanto al comienzo como al final de la segunda gran guerra. Todavía hoy, transcurrido medio siglo, no pueden leerse, sin sentirse conmovido, aquellos veredictos, amargos y fecundos, de Weber, sobre las «características advenedizas de la vida estudiantil»; «La libertad académica de estudiar, beber y vagar surge de aquellos tiempos en que no existían entre nosotros libertades de otro rango..., el resultado que dejó tras

schaftsgeschichte. Abriss der universalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, discursos póstumos, publicados por S. HELIMANN y M. PALYI, Munich y Leipzig, 1923, 3.^a edición revisada y completada por JOHANNES F. WINCKELMANN, Berlín, 1958; *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tubinga, 1924; *Wirtschaft und Gesellschaft*, 2 partes, 1.^a edic., Tubinga, 1920, 4.^a edic., Tubinga, 1956.

(4) KARL JASPERS y MAX WEBER: *Rede bei der von der Heidelberger Studentenschaft veranstalteten Trauerfeier*, Tubinga, 1921, especialmente págs. 4 y sigs.

(5) Discurso de presentación en la Universidad de Friburgo, 1895: «Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik», en *Gesammelte politische Schriften*, 2.^a edición, página 23.

sí aquella época, en que la única gesta eran los exámenes y diplomas, todavía no ha podido ser desterrado... Si el joven formado en esta escuela no posee un carácter especialmente independiente y un espíritu libérrimo, se desarrollarán en él, sin remedio, esos aire de lacayo plebeyo que tantas veces hemos observado en muchos de sus más conspicuos representantes...» (6).

Cuando le parecía preciso, Weber utilizaba un fuerte tono, pleno de fecunda pasión, enérgicamente polémico, que no dejaba la menor duda respecto a su actitud decidida, aún más, agresiva. Lo que entreveían algunos, o apenas llegaban a pensar y muy pocas veces a afirmar, lo lanzaba Weber sin ambages, exponiéndolo con entereza, sin reparos, con palabras seguras y concisas. Así ocurrió a lo largo de su vida académica con cuantos tópicos despertaban su interés, siempre apasionado.

Con su peculiar forma de pensar, acusaba a la burguesía de «cursilería política»; a las clases dirigentes obreras, de «inmadurez política», que un clan de reporteros intentaba orientar y «dirigir en monopolio» (7). Weber reprochaba al Ministerio de Educación prusiano ser «un sistema corruptor del trato humano», que tenía por finalidad «cambiar paulatinamente al retoño académico en académicas gentes de negocios» (8). Poco significaba lo anterior, ya que dependía de la sanción de la opinión pública, y en sus veredictos más sarcásticos, expuestos en sus cartas a Friedrich Naumann, uno de sus adláteres políticos (9), Weber se veía limitado por las personas que rodeaban, aunque temporalmente, al Emperador Guillermo II. Ya a fines de 1906 se lamentaba Weber del «gran menosprecio con que se nos trata como nación en el extranjero...» «y con razón, porque al dejarnos aplicar el régimen de este hombre, y al soportar y ser gobernados de esta forma aguantándolo y encubriéndolo, quedaremos aislados..., ningún hombre, ningún partido, a quien inspiren ideales democráticos y al propio tiempo de política nacional, debe pechar con la responsabilidad de este régimen» (10). Las anteriores palabras, no estaban destinadas a la publicidad. Pero Weber presionaba siempre que lo estimara oportuno, y con frecuencia se excedía.

Para formular tales aseveraciones, tan graves y difícilmente superables en su radicalismo, y más aún, para hacerse oír, se precisaba de una gran autoridad,

(6) «Wahlrecht und Demokratie in Deutschland», en *Gesammelte politische Schriften*, página 266.

(7) *Gesammelte politische Schriften*, página 28.

(8) *Frankfurter Zeitung*, de fecha 27-X-1911.

(9) FRIEDRICH NAUMANN (1860-1919), pastor evangélico y, más tarde, político liberal y publicista.

(10) Carta a NAUMANN, de fecha 14-XII-1906, 1.ª edición. *Gesammelten politische Schriften*, páginas 451 y sigs.

ciertamente no muy secundada en los círculos profesionales. Pero Weber no se atenía a convencionalismos ni modas. De esta guisa, arremetía contra la «llamada libertad de enseñanza», cuya existencia le parecía paradójica en la práctica, ya que «la pretendida libertad de enseñanza pública, primero está vinculada a la política de la corte y de la sociedad, y segundo, se desarrolla un mínimo de actividad religiosa o se intenta realizarla» (11). Su forma brusca y directa de atacar, que no se detenía de ordinario ante presiones de autoridades ni influencias piadosas, tampoco lo hacía ante las Iglesias en las cuestiones objeto de su crítica o cuando llegaba el momento de reconocer deficiencias, que Weber jamás consideró inapropiado descubrir y combatir. Aún más, en alguna ocasión dejó escapar aquella amarga afirmación de «que las comunidades religiosas, que utilizan sus conocimientos y la fuerza de sus sacramentos para servir a sus propios fines al modo de las organizaciones del ejército con sus cuadros de mandos, merecen con mucho el menosprecio de que se quejan con frecuencia» (12).

Años más tarde, cuando se iniciaba la transformación estatal alemana, profería expresiones no menos trascendentales en las que se percibía su autoridad en las discusiones sobre la reforma interna del régimen de Bismarck, en camino hacia una República. Ya había calificado a la hegemonía prusiana, antes de su caída, de «sistema de seguro dinástico-burocrático para obtener sinecuras» (13). A su desprecio de viejo liberal por la burocracia prusiana se une el desdén por el Emperador, a quien desde hacía muchos años mostraba inmutables sentimientos. Más tarde, al sobrevenir el nuevo régimen, arremete contra quienes politiqueaban al amparo de las «ametralladoras» (14), con la misma severidad con que atacaba a los liberales *dilettantes* (15) y a los «interesados en la revolución», que trataban de aprovecharse de «la historia de las efímeras concentraciones de masas» para fines propios (16). También halló palabras duras para quienes hablaban sarcásticamente, en aquellos tiempos de transformación, de «batallas de fe y de valor hasta la muerte» y fijaban luego su meta en una «democracia de ideólogos» (17), que jamás alcanzaron algo real porque no podían existir jamás.

(11) *Frankfurter Zeitung*, de fecha 20-IX-1908.

(12) *Loc. cit.*

(13) «Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland», en *Gesammelte politische Schriften*, pág. 405.

(14) «Das neue Deutschland», en *Gesammelte politische Schriften*, pág. 473.

(15) *Loc. cit.*

(16) «Deutschlands künftige Staatsform», en *Gesammelte politische Schriften*, páginas 440 y 474; además, MARIANNE WEBER y MAX WEBER: *Ein Lebensbild*, Heidelberg, 1950, págs. 642 y 653.

(17) *Gesammelte politische Schriften*, págs. 440, 471 y 473.

La inflamada pasión que ponía Weber en estas rudas polémicas no parecía propia de un catedrático: motivaban resonantes comentarios sobre su persona y mantenían fijas las miradas de los intelectuales del liberalismo alemán; mas, justo es decirlo, fue incansable en el mantenimiento de una ética absoluta en su papel de profesor y catedrático. Esto obliga a considerar que muchas de sus rudas expresiones, de seguro efecto en el sentido en que iban dirigidas, no eran sino estallidos incontrolados nacidos de un temperamento volcánico. Pero nos ponen de relieve la viva y fuerte personalidad de este hombre, cuya nota más sobresaliente tal vez fuera la extraordinaria vitalidad de sus palabras. De ahí el incuestionable interés de la vuelta hacia él en muchos sentidos, algunos de actual vivencia, especialmente en su faceta de singular crítico político.

Se presentan, sin embargo, algunas dificultades de aparente importancia para un examen más detenido. En principio, es imposible separar sus dos facetas de crítico político y de científico, aislar al político del sabio. En los innumerables trabajos que forman su obra, gravitan indistintamente un aspecto u otro, de suerte que queda velado en ocasiones el interés particular de un problema determinado en beneficio del interés general en la investigación. El Max Weber crítico queda indisolublemente unido en su obra al Max Weber científico social, al profesor de rango superior y educador de una nueva generación con un pensamiento político renovado. Ciertamente, el estar convencido es decisivo en el arte de convencer. Por ello, la crítica de Weber está íntimamente vinculada a conceptos políticos adquiridos y con un rico material de conocimientos históricos, que le prestan gran dignidad. Sus controversias, resumidas en frases de depurado estilo, no son, en definitiva, sino concreción de conocimientos obtenidos sistemáticamente, a los que da Weber proyección política con una sagacidad inimitable. Lo insustancial se desvanece y deja el sustrato puramente político, que, revestido en su conjunto de una aureola polémica, le presta el don de la comprensión general.

En último término, claro está, no son los métodos ni la elección de los medios, sino los fines, los que dan relevancia al crítico. La forma generalmente afirmativa de sus opiniones, no permite reconocer a Weber en su medida, como poseedor de una suprema sagacidad, que puede insistir en la controversia, sin presionar en la *πολέμιος*. No obstante, lo radical y decisivo de sus expresiones no representa en momento alguno un desbordamiento caprichoso, sin noción de medida. Por el contrario, es manifestación de un carácter de excepcional sensibilidad (18) en una época que provoca de una

(18) Cfr. observaciones importantes durante la larga enfermedad de MAX WEBER: «No se pueden acusar en modo alguno los efectos patológicos en la obra y el pensa-

forma reiterada y emocional la controversia, en la que el espíritu científico analítico se encuentra en conflicto permanente, y de donde surge la constante protesta. El origen y formación de este espíritu en conflicto es el nudo de la cuestión. Parece más acertado hallar la explicación en la influencia de factores temporales, que en una falta de continencia temporal, porque ciertamente son las circunstancias y no el temperamento subjetivo las que pueden ensombrecer la virtud de la temperancia.

El experimento científico de Weber, en último extremo, podría definirse como un fundamentar la «convivencia humana» en ciertas «apariencias» que representan los «valores culturales» y que poseen un valor y un significado en el ámbito de la «cultura» de una época capitalista. Esto es, desde luego, bastante más de lo que nosotros entendemos por política, por pensamiento político, o bien, por ciencia y teoría políticas.

Ciertamente, desde el ángulo político es indiferente observarlo como ciencia política o como teoría política. Y aunque podamos referirnos tanto al político como al científico-político con cierto derecho ante el sentir actual, lo cierto es que la valoración de la obra de Weber ocupa un elevado lugar, y late en todos sus tratados esenciales algo más que un sentido político contemplado con amplio criterio. Pese a todo, apenas algún otro sabio de su generación tiene derecho a ocupar un sitio de honor junto al político, en el que destacan su pasión personal, su sentido burgués y una inteligencia nada común entre sus coetáneos. Su colega de cátedra de Freiburg, Gerhart von Schulze-Gaevernitz calificaba a Weber más que como científico como líder político de primer rango (19). En este sentido y con una fidelidad rayana en el entusiasmo, habla de él como *primus omnium* del claustro de profesores de las principales Universidades, profesores que se veían arrastrados por la corriente política nacional de fines de siglo y entusiasmados por ella. En este punto prevalece la superior condición política del profesor Max Weber, a quien hubiera correspondido el liderato entre sus colegas de cátedra, de haber tenido la política y el pensamiento político una mayor importancia en el campo académico, que era el que acaparaba primordialmente los pen-

miento de MAX WEBER. Por el contrario, la enfermedad, que provoca una mayor profundidad en sus experiencias y en su grado de sensibilidad, más bien pueden ser consideradas como eminentemente provechosas para el contenido de su obra y su forma», *Max Weber, Werk und Person*, documentos recogidos y comentados por EDUARD BAUMGARTEN, Tubinga, 1964, pág. 642; también la opinión impresa de GUTACHTEN VON GERTH Y MILLS, en su edición americana: *Max Weber, Essays in Sociology*, Nueva York, 1946, págs. 28 y sig.

(19) G. v. SCHULZE-GAEVERNITZ: «Max Weber als Nationalökonom und Politiker», en *Einleitung zu: Hauptprobleme der Soziologie. Erinnerungsgabe für Max Weber*, tomo I, Munich y Leipzig, 1923, pág. XIII.

samientos y trabajos de Weber. En la última fase de su vida, tal vez no fuera ya tan perfecta como catedrático o político, pero siempre le caracterizó su decidida actitud científica, su pasión e inteligencia, su capacidad de acierto y su opinión sagaz, virtudes todas conjuntadas en una educación universal, históricamente plena. Invadido siempre por el deseo de superación, con una experiencia sin precedentes entre el círculo de sus colegas como hombre de dictámenes duros, casi sarcásticos, en ocasiones sobre la ética cristiana y la Iglesia, y a pesar de ello, dotado siempre de una convicción personal religiosa firme e inalterable, hasta el punto de que ningún concepto de su obra debería anteponerse a los elementos fundamentales de su sociología religiosa (20). Se diferencia, por tanto, de aquellos otros cuya visión y tendencias se sometían a imperativos pasajeros, a los que Weber ni seguía ni aceptaba en sus dogmas doctrinales en materia política, científica o religiosa, pues no admitía más objetivos que los derivados de su personal forma de pensar.

Es cierto que Weber formuló, en su famosa conferencia de ingreso en Freiburg, en 1895, su creencia en un «destino de la nación» en el concierto político mundial, y se expresó de forma inconfundible, en una especie de darwinismo político, sobre la «eterna lucha para la conservación y desarrollo superior de nuestra manera de ser nacional», situando el enfoque de la nación hacia el poderío mundial en la última escala de valores (21), por el que habría de regirse el pensamiento político, contra toda costumbre; mas al adoptar esta forma de expresión, que apenas cabría en el concepto de la hipótesis científica, Weber pudo impresionar los ánimos de sus contemporáneos y ganar más adeptos de los que habría podido con su influencia como catedrático de Freiburg (22). Sin embargo, lo que nos hace aguzar la vista, tras un estudio crítico-histórico, lo que no se puede desatender en experiencias posteriores, es el rápido enfoque y la actitud de aquel hombre que en

(20) En este sentido, una sencilla introducción en la obra de MAX WEBER, elegida para la de JOHANNES WINCKELMANN: *Max Weber, Soziologie, Weltgeschichtliche Analysen, Politik*, 2.ª edición revisada y completada, Stuttgart, 1959. Merece atención la indicación a la postura de MAX WEBER ante los profetas judíos junto a EDUARD BAUMGARTEN. *Max Weber: Werk und Person*, pág. 648. Mas este problema no queda profundizado en este lugar. En lo demás, prueba en la polémica anteriormente expuesta —nota 2— de GEORG LUKACS, su principio de tener en cuenta la significación de los temas político-religiosos en WEBER.

(21) «Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik», en *Gesammelte politische Schriften*, pág. 14.

(22) Cfr. THEODOR HEUSS y FRIEDRICH NAUMANN: *Der Mann, das Werk, die Zeit*, 2.ª edic., Stuttgart y Tubinga, 1949, pág. 101; WOLFGANG J. MOMMSEN: *Max Weber und die deutsche Politik 1890-1920*, Tubinga, 1959, pág. 39.

un nivel más elevado dió pruebas de un espíritu crítico sublime, al tiempo que era capaz de analizar premisas y circunstancias; espíritu que, a su paso, destruyó muchos más convencionalismos de los que en un principio podía pensarse, con las fuertes expresiones y pasajes de sus discursos, que llevaban impreso, después de todo, el marchamo de su época.

Las manifestaciones de Weber sobre los principios cardinales de la política alemana, ligadas a la aspiración de alcanzar el grado de potencia mundial, se manifiestan, a poco de examinarlas detenidamente, vinculadas a su tiempo y a su condición histórica. No sólo contienen su credo en materia de política mundial e interior contempladas y valoradas con un sentido despierto; ponen también de relieve los principios de una teoría histórico-política que trata de asimilar las experiencias históricas de los decenios pasados en una especie de sinopsis. Domina en este cuadro una serie de fuertes trazos fundamentales, tan agresivos que, en su tiempo, los círculos intelectuales burgueses casi no podían ponerse a su altura. Los intereses nacionales de imperialismo mundial nunca se limitaron, a juicio de Weber, a la esfera de la política exterior. También afectaban a la estructura vital nacional con una normatividad y relevancia jamás conocidas. Desde el punto de vista liberal de Weber, la política mundial de «lucha de poderes» aparece sin violencias concretas; entendía la «lucha de naciones» como una batalla de necesidades vitales, y su desarrollo podría llamarse, al estilo de Fichte, «torsión hacia arriba» de las naciones hasta llegar a la posición adecuada (23). Esta era «su meta», la razón de Estado de un capitalismo encuadrado en un Estado imperialista, que Weber aceptaba comprensiblemente, como se acepta el hecho histórico consumado, sin el menor resabio. La crítica no se dirige, pues, a la época, sino a las formas de vida nacional, contrarias a las normas de su tiempo.

Jamás podrá ser considerado Weber como un propagandista o un ideólogo. Apenas dedicaba un pensamiento a la «política mundial» para conocer su esencia y cómo debería considerarse en su proyección hacia la política alemana. Para él representa un signo de la época del que ningún pueblo de cierto relieve podía escapar. Weber dirigió siempre su mirada, tanto en esta época como en años posteriores, a los acontecimientos internos de la nación, en particular a los resultados de la política social, a la problemática de sus decisiones y esfuerzos y a la calidad política de quienes tenían la dirección en sus manos, y siempre pudo constatarse a través de sus múltiples relatos, que la hacía objeto de una crítica acerba, tanto en los tiempos de la Monarquía como en los de la República.

(23) JOHANN GOTTLIEB FICHTE: *Die Grundzüge des Gegenwärtigen Zeitalters*, Berlín, 1806, pág. 449.

Weber sustrajo el concepto de la nación del oscuro misticismo que le encubrió durante generaciones, para analizarlo por sectores económicos, sociales e históricos, sectores que la ciega política nacional generalmente ignora o silencia. Impulsó la consideración de que la nación y las razones políticas no son ningún organismo duradero y uniforme, ningún cuerpo vivo encerrado en sí mismo, sino una composición de grupos sociales a los que contempla siempre estrechamente vinculados con los intereses económicos; como integración de unas clases dotadas de movimiento. Su poder deriva, por tanto, no de un hecho estadístico, sino de un despliegue dinámico de posibilidades bajo el control de una clase realmente apta para dirigir. Una política mundial requiere entonces una directriz nacional y aptitud en la clase dirigente de la política global de una nación.

Sobre el pluralismo de modernas teorías, Weber no se pronuncia de modo concluyente. Este pluralismo seguirá en segundo plano, dominado por la política y el destino nacionales. De nuevo lanza Weber su sonda crítica: una clase dirigente y soberana no puede predominar en Alemania. Los nobles prusianos en que se apoyaba y todavía se apoya la dinastía de los Hohenzollern, «han terminado su tarea y libran hoy su batalla económica mortal, en la que ninguna política económica podrá devolverles su antiguo carácter social» (24). Anuncia así la tesis central de su conferencia en el Congreso Internacional Científico de St. Louis, en 1904, con motivo de la exposición mundial, en la que pronunció estas palabras: «Las extensas fincas del Este eran los pilares en que se apoyaban la clase dirigente prusiana diseminada por todo el país, la unida Administración, aún en su decadencia y con la desaparición paulatina de su carácter aristocrático y de abolengo, y, por último, eran también el centro de gravedad de la intelectualidad política ciudadana» (25). Con esta frase trascendental caracterizó toda una época de la historia alemana y prusiana y señaló el camino para una época actual de la historia alemana, en la que la clase dirigente, esencialmente aristocrática, había perdido su poder económico, su potencial político y su moral en la dirección de un Estado. Sus miradas se dirigían ahora hacia las ciudades, que eran el soporte social e histórico de un naciente desarrollo capitalista. Con respecto a la «meta de la nación» en la política mundial, Weber consideró un sin sentido atribuir a la aristocracia, que abandonaba la esfera de las decisiones, una posición básica que ya sólo podía confiarse a otras clases sociales.

Con su proverbial falta de consideración, no malgastó el tiempo en repa-

(24) *Gesammelte politische Schriften*, pág. 19.

(25) *Idem*, pág. 20. Cfr. el discurso «Kapitalismus und Agrarverfassung», nueva traducción del texto alemán al inglés, publicado por primera vez en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, tomo 108, 1952, págs. 431-452.

rar los posibles perjuicios que podía ocasionar a esta clase dirigente el Estado, al que anteriormente había manejado; al perder su monopolio político, sólo podía esperar la jubilación. La exigencia de una «política mundial» obliga a adoptar nuevas medidas. Y en primer lugar, se requiere una nueva clase dirigente, que —son palabras de Weber— «arrebate la función política a la nobleza prusiana».

De la burguesía no puede ya surgir esta clase, pues había equivocado su profesión política. Weber se siente vinculado a ella; pero su crítica no conoce reparo alguno a la hora de enjuiciar las clases. Se sabe situado en un plano en que sus conocimientos y previsión le hacen capaz, como científico social, de comprobar la inexactitud de los hechos. Y honradamente, reconoce: «Soy un miembro de la clase burguesa, así me siento y he sido educado en sus principios e ideales. Pero es nuestro deber decir exactamente lo que tal vez no agrada, ya afecte a la clase elevada, a la inferior o a la clase media a que pertenezco; y si me preguntaran si la clase burguesa alemana de hoy tiene la suficiente madurez política para dirigir la nación, no sabría qué responder» (26). No queda a la burguesía más que «el duro destino del epigonismo político» (27). En general, Weber reprochaba a los alemanes su «inmadurez política». Y sus causas radicaban en un «pasado impolítico», que retrasó la preparación de las clases que podían ser idóneas para la política del pueblo alemán con respecto a las aptitudes políticas de otros pueblos; lo achacaba además a una falta absoluta de formación política, a la que sólo el límpido aire de una renovación podía reverdecer y que el individuo debía experimentar, sufrir y soportar por sí mismo para llegar realmente a ser *homo politicus*. Precisamente por esta causa lamenta Weber haber desaprovechado «el trabajo de formación política de un siglo, que no puede recuperarse en una década» (28). Sabía también que las sufridas clases obreras, doblegadas por una carga secular, no habían permitido el desarrollo de calidades políticas verdaderas. Su tono es sarcástico cuando constata: «Quien diga a la clase obrera alemana que está políticamente madura o se halla en camino hacia la madurez política, es un adulador, que sólo busca una aureola de popularidad; en un plano de integridad, la verdad sería muy diferente. El proletariado inglés, o de una buena parte de Francia, está formado de otra manera, porque adelanta a los alemanes en una más antigua educación económica.» Le parecía a Weber que era mucho más importante el conjunto de circunstancias que unen continuamente y que impresionan en

(26) *Loc. cit.*

(27) *Idem*, pág. 21.

(28) *Idem*, pág. 22.

el terreno político. Es decir, el mostrar siempre actitudes propias de una potencia de primer orden. «Aquello —con palabras de Weber— que le mantiene continuamente en un estado de formación política» (29).

La inversión unilateral de los anhelos de poderío de la nación, sumariamente citados por Weber, aunque sin caracterizar su esencia, crearía en nosotros un retraimiento (30) que —aún atribuyendo a sus opiniones y a su postura una significación histórica— anularía el renombre posterior de la personalidad política del gran crítico y disminuiría la vehemencia y la difusión verdaderamente impresionante de su sagaz crítica. Quedaría imprecisa la verdadera vena de la fuente de la vitalidad política que empuja al crítico en sus opiniones. Lo que Weber denominaba «ansias nacionales de poderío mundial», se nos aparece hoy como el primer intento de definir unos intereses. Tal tentativa originó críticas, a veces, drásticamente manifestadas. Weber era un patriota sin alardes, pero constantemente preparado para evidenciarlo. Las simples demostraciones de poder de la era «Guillermina» provocaban siempre una reacción claramente sensible. Es cierto que en diciembre de 1897 dijo casualmente en una encuesta realizada por el *Müncher Allgemeine Zeitung* que se aproximaba la hora en que «sólo el poder decidirá sobre la medida de la participación de cada uno en el dominio económico mundial, y con ello el poder adquisitivo de los pueblos, especialmente el de la clase obrera» (31). Pese al aspecto un tanto convencional de la declaración, que de esta o similar forma se puede oír hoy en el campo de la democracia social y aun en otros muchos pueblos y que no ofrece particularidad alguna, tenía evidente importancia en una época de dominación imperial. No debemos tampoco olvidar el tono que emplea Weber en su crítica de «la manera de ser del régimen alemán», a la que tilda de «cesariana» y patriarcal «mitad por mitad». Y lo mismo hace con el temor burgués ante el fantasma rojo; cuando se enfrenta con los preparativos militares para la guerra, contra banderías molestas de la oposición o contra la política económica, que se deja «dominar por la poderosa cuestión agraria». Recordemos sus palabras que tan duramente debieron sonar en los oídos de los gobernantes, de haberles significado algo: «... Sólo aquel régimen que —en su política interior— demuestra que no teme mantener y ayudar el libre desenvolvimiento de las instituciones de

(29) Idem, pág. 23.

(30) Aquí entra la crítica de WOLFGANG J. MOMMSEN: *Max Weber und die deutsche Politik* —observación 22—. Cfr. RAYMOND ARON: «Max Weber und die Machtpolitik», en *Zeitschrift für Politik*, año 11, nueva edición, 1964, págs. 100-113.

(31) Transcrito de W. J. MOMMSEN: *Max Weber und die deutsche Politik*, página 420.

su patria, tendrá la certeza de que —en los momentos decisivos— no se le negará poder y apoyo en el campo de la política exterior» (32).

Estas palabras significan que un régimen que mantenga en su política interior circunstancias restrictivas de la libertad y se mueva en un círculo cerrado de intereses, no puede adoptar una política exterior plena de confianza, de valor y de responsabilidad. Contra la frase generalmente aceptada, aunque infundada, de «primero la política exterior», Weber opone su afirmación de «una política mundial» entendida como una política nacional de poder, de sobria inteligencia y en la que las raíces de la nación se afinquen sólidamente en sus instituciones liberales, considerando, en fin, la historia sólo como tarea de formación política del pueblo en este sentido. El balance de la era «Guillermina» resulta funesto porque no podía considerarse como ciencia el tono monocorde de los políticos en su continua alusión a los enemigos; ni tampoco el dar sablazos en discursos altisonantes, presentarse con deslumbrantes corazas en las paradas militares ante incondicionales admiradores, y mantener al pueblo desprevenido y difuminado tras una cortina de ruidos y enfáticos entusiasmos.

Weber se yergue tanto contra aquella fatua y estúpida confianza del espíritu burgués acursilado, como contra la sofisticada arrogancia de una burocracia totalmente alejada de la realidad política. Observa, impaciente, que en una época de exigencias de dominación mundial, un pueblo situado en el centro de Europa se arrogaba unas facultades que a la luz de la intelectualidad política sólo podrían acarrear desgracias, y se opone con seria escrupulosidad a aquellas manifestaciones inexactas de una política mundial que, a la larga, se harían insoportables por sus múltiples faltas contra la medida y contra lo espiritual. En una polémica con el *Daily Telegraph* se lamentaba, enojado, en una de sus declaraciones de la actuación del sargento en el mando: «apostura, inmovilidad y fanfarronería» (33), exactamente los vicios de un pueblo políticamente inmaduro, de un provincialismo típico de la Pomerania, en una época en que la grandeza política y el relieve nacional debían llevarse a un nivel internacional. La frase de «modales de oficial de inferior graduación» tiene cabida más tarde en su obra para calificar la política mundial. Y acusa siempre, con su tono cáustico característico, la impotencia para ponerse a tono con el nivel político de su tiempo.

Sus afirmaciones eran, ciertamente, las de un patriota. También lo fué tras el derrumbamiento de 1918. En las situaciones más deprimentes, Weber

(32) Idem, pág. 421.

(33) Carta a FRIEDRICH NAUMANN, de 12-XI-1908, copiada de la 1.^a edición de la *Gesammelte politische Schriften*, pág. 455; también ahora con EDUARD BAUMGARTEN: *Max Weber, Werk und Person*, pág. 489.

hallaba palabras llenas de valor, a veces de sabor pueril: «... empezaremos de nuevo, como en 1648 y 1807... y, si no nosotros, las próximas generaciones verán un nuevo resurgir» (34). Igualmente hacía constar algo inevitable: «... con el fin del papel de Alemania en la política mundial, el gobierno del mundo por los anglosajones es un hecho. Es desagradable en grado sumo... la hegemonía mundial de América es tan inevitable como la supremacía de Roma después de las guerras púnicas en la antigüedad. Confiemos en que no sea repartida con Rusia. Esta es, para mí, la meta de nuestra política mundial futura, porque el peligro ruso está conjurado por ahora, pero no para siempre» (35).

Ciertamente, Weber no era un político en el sentido que tiene hoy esta acepción, ni tampoco en el típico de profesional, a quien el mismo Weber, en su famoso discurso «Politik als Beruf», puso de relieve (36). Posiblemente no quería ser político; sus relaciones con la política alemana fueron siempre ambivalentes (37). Mas lo que le distingue es que se daba perfecta cuenta de que ni era un burgués de cuerpo entero ni tampoco un activista del Estado en su más amplio y profundo sentido, como hubiera correspondido al ideal histórico del *polis* griego y del *patricium* romano. Weber se hizo político únicamente en el sentido que señala Rousseau en su *Contrat social*: «Si j'étais prince ou législateur, je ne perdrais pas mon temps, à dire ce qu'il faut faire, je le ferais ou je me tairais.» (Si yo fuera príncipe o legislador, no perdería mi tiempo en decir lo que debía hacerse, lo haría o me callaría) (38).

Simple teoría política ha sido la de quienes, antes y después, no han hecho, con respecto a la práctica activa de la política, más que la denominada «sin trabajos políticos» y a quienes, por regla general, se les puede considerar de una sagacidad más profunda que la del activista político. Al parecer, el espíritu crítico precisa de una base en la que se produzcan tensiones políticas, para luego dar paso a la política pragmática propiamente dicha, es decir, para llegar al total entendimiento de la política. La de Weber tenía sus raíces en su ciencia: se formaba en ella y con ella. Pero su ciencia se despliega en un doble aspecto: crítica de puntos de vista, en forma de explicaciones profundas o bien de concentradas tesis, por las que llega a conclusio-

(34) Carta al profesor CRUSIUS, de 24-XI-1918, *Gesammelte politische Schriften*, página 483; E. BAUMGARTEN: *Max Weber, Werk und Person*, pág. 537.

(35) *Idem*, págs. 484, 538.

(36) *Gesammelte politische Schriften*, pág. 493-548.

(37) Las observaciones de WOLFGANG J. MOMMSEN: *Max Weber und die deutsche Politik*, pág. 301 y sigs.

(38) ROUSSEAU: *Contrat social*, libro I.

nes, condensándolas en tipos y en teorías. Una parte de su obra desemboca, a través de los años, en exposiciones sistemáticas, sin que el desarrollo de las mismas llegue jamás a su final.

La evolución personal de Weber no deja de revelar graves crisis. Lo incompleto y, en el fondo, lo inseguro de su crítica no podía pasar inadvertido a quien trata de seguir el curso de sus pensamientos y convicciones. Pero esta situación es apropiada para despertar interés hacia los tremendos esfuerzos de Weber en aclarar y restablecer su postura, que él quiere científica, a fin de que —con una continua ampliación de perspectivas y horizontes— surjan nuevos puntos en que se puedan apoyar las diferentes capas de la sociedad. Dichos intereses demuestran un proceso de clarificación que se agudiza violentamente ante presiones externas (39). A todo esto, Weber comienza a reconocer que «la función propia de la ciencia» es «convertir lo evidente en problema» (40), lo que le lleva paso a paso a criticar los métodos convencionales de la economía nacional, su escuela y sus tendencias éticas, así como los de la historiografía, y estudia la psicología del científico, cuyo quehacer y cuyo «oficio», Weber procura defender y definir con palabras ardientes e infalibles (41). Sobre este punto no hay duda de que, al final de su vida, Weber había encontrado en las experiencias de su propio oficio una seguridad rayana en la certeza absoluta. He aquí la verdadera tarea, cuyo espíritu exige a cada cual servir a las cosas en toda su pureza (42). La personalidad sólo se formará siguiendo el sentido de este precepto.

Es en este último estado del pensamiento de Weber sobre el sentido y razón de la ciencia donde ésta queda dignificada, merced a un radicalismo que casi parece religioso y con el que Weber difunde su opinión de una forma universal y vigorosa, al tiempo que la concreta en todos sus aspectos sustanciales. Sus afirmaciones no son tan rotundas como en las polémicas de antaño. Sus palabras hablan de módulos y continencia, aunque no sean por ello mucho más moderadas. Weber sabía siempre evitar dar una información inmediata sobre su postura personal hacia la religión (43). Mas se ad-

(39) Consecuencia de la composición, muy observada sustancialmente, pero demasiado tendenciosa de las deducciones de FRIEDRICH H. TENBRUICK: «Die Genesis der Methodologie Max Webers», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 11.º año, 1959, págs. 573-630.

(40) «Gutachten zur Werturteilsdiskussion im Ausschuss des Vereins für Sozialpolitik 1913», en *Max Weber, Werk und Person*, pág. 115.

(41) *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 2.ª edic., págs. 566-597.

(42) *Idem*, pág. 575.

(43) Un singular testimonio es la observación en su carta a FERDINAND TONNIES de 1908, que ha transcrito E. BAUMGARTEN en una nota al pie en *Max Weber, Werk und Person*, pág. 670. «Ciertamente soy absolutamente religioso, y no tengo necesi-

vierte que sus contactos continuados con los más importantes temas de las religiones y sobre todo sus relaciones con la ética protestante y el capitalismo moderno (44) representan una fase decisiva, acaso la más importante de su evolución espiritual, que había de dejar sus huellas en su discurso «Wissenschaft als Beruf». Al igual que Frank Wedekind, el poeta de su misma edad, que trató de liberar de la exageración al público amante del arte, criticando sus sentimientos, también Weber procuró poner en tela de juicio y eliminar de su público científico las reglas convencionales, las costumbres y axiomas pseudonaturalistas. Mas esta parte de su crítica revela una firme relación con sus profundos conocimientos de sociología religiosa. Las siguientes palabras, pronunciadas al fin del gran discurso, parecen respuesta a preguntas que nunca exteriorizó: «La ciencia es hoy una "profesión" que se ejerce magistralmente al servicio de la autorreflexión, para conocer las relaciones verdaderas, y no una virtud indulgente que facilita drogas curativas, adivina el futuro como un profeta o cita fragmentos de reflexiones de sabios y filósofos sobre el sentido de la vida; este hecho no puede eludirse en nuestra situación histórica; si permanecemos fieles a nosotros mismos, no podemos evadirnos de ella».

Y cuando Tolstoy pregunta: «¿Quién responde, supuesto que la ciencia no lo hace, a la pregunta de qué es lo que debemos hacer? y ¿cómo debemos edificar nuestra vida?, o, por utilizar el lenguaje de esta tarde: ¿a cuál de los dioses que luchan debemos servir?, o en definitiva: ¿quién es éste?, habrá que responder: Sólo un profeta o un Cristo. Y si no lo es, o si ya no se cree en él, a buen seguro no podréis después volver a la tierra simplemente porque unos miles de profesores traten de sustituirle en su papel de pequeños profetas, privilegiados en sus aulas, con un sueldo del Estado.» «Con esto sólo lograrías comprender: que el conocimiento del origen de las cosas es decisivo; que tal profeta, a quien tantos de nuestras jóvenes generaciones esperan, no está aquí, y es más, jamás lo estará vivo en la plenitud de su poder.» «El íntimo interés de un hombre realmente religioso no puede, creo yo, servirle como cabe, pues ha de vivir en una época ausente de Dios

dad alguna de erigir dentro de mí ningún "edificio" del alma de carácter religioso; no me va, simplemente, me niego. Mas después de un examen detenido, ni me considero antirreligioso ni irreligioso. En este sentido yo me considero como un hombre mutilado, manco, y mi destino, para ser sincero, es el conformarme con ello —para no caer en románticos engaños—, pero no como el tronco de un árbol, del que de vez en cuando tiene algún brote, sino como un árbol completo.» Cfr., a propósito de una indicación de W. MOMMSEN: *Max Weber und die deutsche Politik*, pág. 106.

(44) «Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus», en *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, tomo I, págs. 17-206.

y profetas, permanecer oculto tras conceptos como son todas estas profecías de cátedra. A mi juicio, la sinceridad de un hombre religioso debería reaccionar «contra ello» (45). Finalmente: es destino de nuestro tiempo, con su racionalización e intelectualismo característicos, llegar al desencanto del mundo, una vez desaparecidos de la luz pública los últimos y más sublimes valores, que han quedado relegados al mundo de la vida mística o a la intimidad de las relaciones directas de un ser con otro. No constituye una casualidad que nuestro arte más elevado sea íntimo y no monumental, ni que sólo se pulse hoy ese «algo» en los círculos más reducidos, en «pianissimo», de hombre a hombre. Hemos tratado de forzar el arte en un sentido monumental o, por mejor decir, de «inventarlo», y la imagen resultante es tan triste, que recuerda las estatuas conmemorativas de estos últimos veinte años. Y si probamos a forjar una forma religiosa actual, sin una profecía nueva verdadera, se producirá algo similar, quizá con peores efectos. Las profecías de cátedra engendrarán siempre sectas fanáticas, jamás comunidades verdaderas. A quien no pueda soportar valerosamente el destino de nuestro tiempo, hemos de decirle: mejor sería que volviese en silencio, sin la algarada pública de costumbre, con toda sencillez, al seno de las viejas iglesias misericordiosamente abiertas de par en par. No le resultará difícil. De alguna manera —esto es inevitable— tendrá que ofrecer su «sacrificio del intelecto». No se lo reprocharemos si realmente puede hacerlo. Porque tal sacrificio del intelecto en en pro de una adhesión religiosa incondicional, a menudo no es lo mismo que el desviarse de la honradez intelectual a que estamos obligados; desvío que comienza cuando uno mismo no está seguro de cuáles serán al final sus propias convicciones y cuándo suavizamos el deber de ser sinceros, excusándonos en la relatividad de las cosas; para mí sólo existe esta alta profecía de cátedra: entre las paredes de un aula no cabe mejor virtud que el simple deber intelectual de la formación. Ella nos ordena confirmar, a la vista de todos cuantos esperan profetas y Cristos nuevos, que la situación actual es la misma que la de aquella hermosa canción recogida de los oráculos de Jesaia, el guardián idumeo en el destierro: «Llega la llamada de Seir en Edom, ¿cuánto queda de noche, guardián? Y el guardián responde: La mañana pronto llegará, pero todavía es de noche.» Y el pueblo, al que iban dirigidas estas palabras, ha preguntado y ha esperado durante dos milenios y ya conocemos su atormentado destino. De aquí extraeremos una consecuencia: no basta con esperar y anhelar, ha de actuarse de forma diferente, ha de acudirse a nuestro trabajo y satisfacer los «requerimientos diarios», tanto humana como profesionalmente. Y

(45) *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, págs. 593 y sigs.

esto es sencillo y simple cuando cada uno encuentra su propia conciencia y la obedece, pues con ello posee los hilos de que pende su vida (46).

Vemos, en definitiva, que jamás podremos recortar la figura de Weber estrictamente como sociólogo del capitalismo, como científico analista de la política o como profeta del racionalismo. Precisamente aquello en que Weber se muestra más profundo, evidencia que su ciencia deriva de una religión. Se tiene plena conciencia de ello aun en aquellas demostraciones racionalistas encerradas en una ética responsable, aplicada incluso en esa «lucha» de la vida académica (47) inherente a la profesión de todo científico. La crítica que busca lo esencial sin detenerse en lo accidental, la crítica que quiere obrar, advertir y educar, forma su propia lengua y crea conceptos aptos para el logro de sus objetivos. Esto se hace realidad de forma ostensible en el pensamiento de Weber como hecho trascendental, que imprime a su obra una personalidad propia, sin la que no sería lo que es en realidad. En puntos esenciales encontramos repetidamente imágenes y comparaciones en expresa relación con temas alejados, es decir, ajenas a la actualidad de un amplio horizonte histórico o que sólo contienen en ocasiones alguna débil reminiscencia histórica. Hechos históricos y temas actuales aparecen hermanados en trabajos esenciales de la obra de Weber, aunque hilvanados entre sí en forma irregular.

Weber nos ofrece, en un mundo tan saturado de historia como el de su tiempo, el ejemplo único de una singular recepción de conocimientos históricos y de datos representativos de la política precedente, ya vivida. Conceptos básicos, como los de «autoridad», «legalidad», «legitimidad», «democracia dirigente», etc., están tomadas de la más temprana antigüedad. El intento, poco original, pero sí desarrollado con novedad, de imprimir una concepción romana a la aparición del capitalismo moderno, hace posible una sorprendente racionalización con un alto nivel de abstracción; permite vislumbrar una «realidad» concisamente resumida, referida tanto al pasado como al presente.

En realidad, sólo se puede criticar si se tiene una visión de conjunto total, que permita prever lo adverso de cada situación, aislada o en su conjunto. La «situación de los jornaleros del campo» (48), por ejemplo, no constituía para Weber un problema desde el punto de vista político; más bien le parecía encajar en la situación económico-social de la época y en el hecho histórico-so-

(46) Idem, págs. 596 y sigs.

(47) Idem, págs. 572 y sigs.

(48) «Die Verhältnisse der Landarbeiter im ostelbischen Deutschland», en *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, tomo 55, parte 3.ª, Leipzig, 1892.

cial que había provocado aquella situación y la impelía con sus consecuencias apreciables. Hallaba ante sí conceptos y ejemplos que la historia ya tenía preparados desde muy antiguo. La doble escuela de Theodor Mommsen y Augst Neutzens dió a conocer a Weber el papel histórico y político del propietario rural de la última época romana, de su emancipación legal y económica, que le hicieron jugar bazas eficacísimas contra el patriarcado romano y, por último, alcanzar el señorío cultural y el poderío de Roma (49). Weber aprovechaba estas sutilezas de la Historia antigua para formular sus aseveraciones sobre la agricultura alemana sin temor a equivocarse, como hoy podemos constatar. Y ciertamente no se puede hablar de analogía, pues jamás ocultó tendenciosamente Weber las disimilitudes en las apariencias y circunstancias históricas. La Historia le proporcionó mucho más: sencillamente, lo esencial. Podríamos incluso decir que se le permitió reconocer lo característico del ámbito histórico-social, de las circunstancias del poder, así como de la situación en su época y su evolución. Gracias a ello pudo Weber desentrañar su significado.

Las formas de la propiedad heredadas políticamente (50) y sus viejos moldes económicos no constituyen los únicos nexos entre el tiempo actual y aquella época final romana. El papel de la burocracia actual no resulta menos significativo, desde el punto de vista crítico, que el de aquella que se desplomaba en la antigüedad. En los últimos tiempos de Roma la burocracia aniquiló los cimientos económicos del pomposo Estado de Diocleciano. El capitalismo moderno se ha convertido en creador de una lenta burocracia con las múltiples y lógicas consecuencias que de ella se derivan (51). Esta ilación parece apuntar la caída de la Era capitalista, que, en muchos aspectos, presenta una enorme semejanza con derrumbamiento cultural del mundo antiguo. La burocracia se hace destino insoslayable de la Era capitalista. Se ha presentado ya en múltiples aspectos de la política alemana, a la que Weber combatió denodadamente, con una decisión que no decayó hasta sus últimos días.

(49) MAX WEBER: *Die römische Agrargeschicht in ihrer Bedeutung für das Staats- und Privatrecht*, Berlín, 1891. También su artículo premiado por su presentación: «Agrarverhältnisse im Altertum», en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 3.^a edición, tomo I, Jena, 1909, págs. 52-188, merece ser aquí mencionado.

(50) Así se expresó nuevamente WEBER en diciembre de 1917 en su escrito «Wahlrecht und Demokratie in Deutschland», en *Gesammelte politische Schriften*, especialmente páginas 265 y sigs.

(51) Cfr. esta relación repetidamente iluminada por WEBER, sobre todo *Wirtschaft und Gesellschaft*, 4.^a edición, 2.^o tomo doble, cap. IX, párr. 3.^o, y las composiciones «Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland» y el «Politik als Beruf», en *Gesammelte politische Schriften*, págs. 294-431 y 493-548; *Wirtschaft und Gesellschaft*, capítulo IX, 9 párrafos («Staatssoziologie»).

Con la iniciación de los ingentes trabajos de tipo sociológico-religioso realizados bajo la dirección de Ernst Troeltsch, Weber, igual que Jaspers, creó su tesis, centrada en la pregunta: «¿Por qué aparece entre los occidentales con mayor fuerza el capitalismo?» (52). Pero esta cuestión queda pronto rezagada en la profundidad de sus investigaciones, en las que, con el tiempo, habría de formarse una penetrante filosofía; un pensamiento real que abarca valiosos hechos y pasajes históricos y engloba al mismo tiempo la sociedad y política actuales, sus instituciones, la burocracia, las iglesias y sus sectas, así como la economía, tanto en el pasado como en nuestros días. La historia permanece unida al tiempo en que fué vivida, y este último a aquélla; pero una vez que éste ha transcurrido, no tiene, a diferencia de los hechos históricos, existencia autónoma alguna, sino que permanece a la sombra de los acontecimientos más significativos de la actualidad. En muchas ocasiones es un hecho aislado, un material didáctico, lo que sirve de fundamento y explicación, de advertencia y ejemplo para conceptos y tesis generales que ocupan tiempo y espacio, que asocian lo actual y lo pasado en una lógica interdependencia limitada y adaptada a los acontecimientos más esenciales (53).

La novedad, lo que —junto a la constante línea de las opiniones de Weber— gana mayor significación, es su alto grado de abstracción, que le permite una manera de reflexionar analítica y a distancia, filtrando así de entre los hechos históricos aquello que es interesante en su tiempo, por su valor constante e inmutable. La crítica gana así formas nuevas, perfectamente conciliadas. En el transcurso de la evolución espiritual de Weber se afirma de manera cada vez más acusada y concluyente la explicación de su propia actitud ante lo perdurable de la Historia en el momento presente, aislando lo que tiene una significación personal. Sólo dirige al público cuanto ofrece carácter general.

El estilo que prefiere en la exposición de estas objetividades es el de un discurso en forma de tesis, que desarrolla recogiendo conceptos en un sentido amplio y objetivo, para resumirlos en una sola significación, excluyendo lo irracional o reiterativo, hasta llegar a la fijación precisa del concepto. Es cierto que añade a veces —marcando un claro contraste— acontecimientos y circunstancias descritos en forma de brusca censura. Infiltra en ellos una «educada rudeza» de la crítica de antaño, que, de una manera im-

(52) K. JASPERS: *Max Weber, Politiker, Forscher, Philosoph*, Munich, 1958, página 47.

(53) Como consecuencia de la composición de WEBER en el Programa del Archivo de Ciencia Social y Política Social de 1904. «Die Objektivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis», en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, páginas 146-214.

palpable, existe siempre de forma permanente. Cuando enraizó la idea de una nueva ciencia, la crítica de Weber comienza a tener una nueva dimensión. Establece una serie de categorías que tiende a precisarse y plasmarse, en general, en conceptos universales propios, de carácter histórico o de actualidad. Tal vez corresponda esto sustancialmente, en definitiva, a aquella facultad que Jacob Burckhardt formuló en sus *Weltgeschichtlichen Betrachtungen*: «Los filósofos históricos contemplan el pasado como el escalón primario y opuesto a nosotros, como individuos desarrollados; nosotros observamos aquellos fenómenos que se repiten, que son constantes, lo típico, lo que deja de sonar en nosotros cuando aún es audible» (54). Tal vez su finalidad fuese distinta, pero la comparación es completamente válida.

El punto en que cristaliza el pensamiento científico de Weber coincide con la culminación de su desarrollo espiritual, cuando expone sus categorías sociales, sus tipos e ideales, que tuvieron inicialmente sólo un valor de actualidad, pero que no quedaron relegados al olvido en el transcurso de su obra. En la medida en que aquellos representan los tipos políticos predominantes en la sociedad contemporánea, podríamos tener la tentación de pensar en equipararlos a una clase social, sino fuera porque este concepto hubiera resultado inadaptable en una sociedad altamente industrializada. Similares a éstos aparecen aquellos otros tipos predominantes de Weber, que existen dentro de la continuidad de la sociedad con una significación única, ideal y de cristalina transparencia. Esto es válido para los tipos de político, de burócrata, de empresario y de científico que han tomado forma definitiva y palpable en el importante discurso de Weber, *Wissenschaft als Beruf*. Ahora parece haberse realizado una clasificación corporativa de arquetipos y profesiones, partiendo de una base ética moral. Esto ocurre en un momento, y bajo unas circunstancias en las que la experiencia y la posibilidad de futuros conflictos entre la moral científica y el compromiso ideológico caracterizan la «situación normal de la ciencia».

La ordenación de arquetipos se basa en definitivas versiones universales de especialidades y en grupos señalados por una especial significación, objetivamente integrada por la efectividad de profesiones en una sociedad capitalista. Estos tipos, constitutivos de la Era Moderna, no están condicionados al interés que el observador o investigador social pueda añadir; son sistemas de ordenación reconocidos, pero en manera alguna pueden considerarse

(54) «Weltgeschichtliche Betrachtungen», en *Jacob-Burckhardt-Gesamtausgabe*, edición completa de Durr, Oeri, Staehelin, Trog, Wölfflin, Kaegi, Stuttgart y Basilea, 1929, tomo III, pág. 3.

como medios de reconocimiento en una revisión, y menos con fuerza de obligar.

La iniciativa de los estudios social-religiosos es perceptible, y se imprime siempre en el constante e invariable significado del concepto «profesión» que tienen los protestantes, convertido ahora en un módulo clasificador de tipos. Weber habla del «espíritu administrativo» cuando intenta caracterizar a la burocracia, y del «espíritu de empresa financiera» cuando trata de empresarios, sin olvidar sus palabras sobre el «oficio de político».

Ve siempre como base el papel social, determinado por su esencia ideal correspondiente a cada «profesión», a las que quiere entender principalmente bajo su inteligencia ética y razón de ser.

Tales tipos experimentan, en ese sentido profesional basado en la ética protestante, una insospechada profundidad e, indudablemente, un curioso debilitamiento a la par que una pérdida de significados, por lo que no se ajustan a aquel tipo ideal preconizado en líneas generales por Weber. Desde el espíritu de una ética protestante aparece un decaimiento apenas sensible. El término «profesión» de Weber, tiene siempre un significado secundario, pero en lo que se refiere a la «profesión» del científico, marca una excepción terminante. Concede a estos tipos una propia esfera, una competencia determinada, que, en el caso de la burocracia, es sólo expansiva, por lo que queda sometida a otros tipos profesionales constitutivos de la sociedad, ya que, limitado constantemente el radio de acción del político y del empresario ante la idea prematura de un derrumbamiento del capitalismo, este estado de cosas resulta análogo al ordenamiento estatal de Diocleciano de los últimos tiempos del Imperio romano, durante el largo período de su decadencia. Estos tipos no constituyen conceptos para la formación del pensamiento ni son reconocidos como medios de comprensión. Su comportamiento es similar al de aquellas entidades incrustadas en la realidad pluralista de la sociedad moderna.

Esto es válido también ahora para los científicos profesionales. Weber no se refiere a la «vocación íntima», sino a los factores en que se cimenta la práctica científica. Aparece como autónomo, independiente del «espíritu de oficio» del burócrata, del empresario y del político, por lo que podía hablarse, respecto a Weber, de una «incompatibilidad de sistemas morales» (55), de acuerdo con la distribución de clases que parece tomar forma en la nueva plana del capitalismo. En el discurso *Wissenschaft als Beruf* se hace por dos veces referencia a Platón de una forma tal, que apenas existe duda sobre

(55) HERMAN LUBBE: «Die Freiheit der Theorie. Max Weber über Wissenschaft als Beruf», en *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie*, tomo XLVIII, pág. 347.

el juego de pensamientos de éste y la semejanza con ciertos pasajes de su obra.

Su crítica, tan conscientemente llevada, tan fundadamente expuesta y tan bien defendida en el campo de la polémica, conduce a Weber a tocar valores casi proféticos. Como crítico, ocupa un lugar entre los mejores de su clase, en la categoría de los sabios, quienes, con sus ideas de valoración, ya que no pueden gobernar, son al menos los conservadores de una inteligencia real y, como tales críticos, serán los instrumentos de la *νάδαρδης*. Este es, sin duda, el eslabón final de una cadena de pensamientos desarrollados como consecuencia del combate que libra el crítico a causa de su posición, ya que no puede volver a dogmas y doctrinas por los que la sociedad de nuestro tiempo no se dejaría gobernar.

Al oír su nombre no puede hacerse mejor elogio que decir, según gusto del mismo Weber, que no conoció otra obligación que «la de mantener la inteligencia despierta», y que se enfrentó, con sus frases políticas y sus opiniones, a las ideas y tendencias de su tiempo, manteniendo una distancia crítica respetuosa, así como que nunca se engrió con los dictados de su ejemplo y autoridad.

Pero el observador crítico puede también distinguir y comprobar la magnitud del trabajo que le espera al abordar la obra total de Weber, significándola con una personalidad que surge de la podredumbre crítica de la época vivida.

Muchas de las observaciones críticas de Max Weber sobre las relaciones y circunstancias de la época «Guillermína» son hoy susceptibles de utilización. Mas no hay quien se atreva en la actualidad a usar aquella franqueza, si bien parece que atravesamos una época feliz, en la que algunas disciplinas universitarias con cierto ascendiente, hacen referencia a Max Weber y tratan de cultivar el conocimiento de su ingente obra.

Pero la tónica de nuestro tiempo no es tan sólo la falta de capacidad crítica, entendiendo por crítica la sustancial, en el sentido de Weber, sino la insuficiencia que reina ante los deberes profesionales y que tanto impide levantar esa crítica y remover la confianza en nosotros mismos, como ocurre cuando se ponen ante nuestros ojos los esfuerzos de Weber. La falta de sagacidad para ver un poco más allá de las apariencias, la ausencia de un saber profundo y universal, la falta de previsión para acercar el tiempo actual y el futuro, todo esto, que ya fué objeto de estudio en el pasado, se manifiesta de una forma evidente.

Incluso la tara, tan extendida hoy en día, de la falta de independencia espiritual, de libertad personal e intelectual, saldría peor parada si se la compara con las de la época «Guillermína», tantas veces vituperada en este

sentido, y ciertamente sin razón, ya que, en definitiva, todo el mundo ve a distancia lo que quedó atrás de nosotros.

Las conquistas de nuestro siglo son de carácter técnico. Mas nos falta la capacidad de la justa medida: la de comprender nuestro mundo y nuestro tiempo y saber ahondar con la fuerza de nuestro espíritu. Exactamente por esta razón, carecemos también de aquel espíritu de crítica sustancial, que aparece fraccionado porque no es capaz de asumir una directriz definitiva. Para aclarar todo esto, podemos afirmar que Max Weber es hoy tan de actualidad como siempre.

Weber no fué sólo un hombre de una «ilimitada objetividad», como lo calificaba Karl Jaspers. Quizá no lo fué menos en su ilimitada amplitud para captar aquellos conceptos que despertaban su interés y su actividad con su ruda formalidad intelectual. Es un modelo ejemplar, que no se encontrará en nuestros días, tal vez por falta de exigencia en la libertad de enseñanza y de palabra, sin guardar consideraciones personales cuando el caso lo requiera. Aunque su época fué la «Guillermina», penetró con sus veredictos en todos los rincones de la Historia, incluso en los más recónditos, y queda un sentimiento respetuoso de aquel gran hombre, que aunque crítico sin compasión, fué también un gran patriota. Sobre cuantos honores podemos hacerle, está el reconocimiento de que fué quien intentó establecer en Alemania la discusión política, con una autoridad que dimanaba de un profundo conocimiento de la materia y de una severa objetividad, sin renunciar a su carácter decisivo, vehemente y apasionado. Tal vez estos esfuerzos hayan sido vanos desde el principio. Pero la grandeza del ideal platónico, que sólo dice lo que debería ser, no se desvaloriza por un golpe en el vacío, ya que jamás podrá ser medida por la experiencia real.

GERHARD SCHULZ